

Pero para dárselos á conocer, suplicamos retroceda con nosotros, por un momento, al dia siguiente en que tuvo lugar el asesinato perpetrado en el Molino.

#### CAPITULO XIV.

Una celada.

Son las cinco de la tarde del siguiente dia al que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el Molino de Flores.

El cielo estaba triste y nebuloso.

Un aire húmedo y frio se dejaba sentir en las calles de Texcoco, que obligaba á los transeuntes á embozarse en sus frazadas ó en sus capas.

Nunca Febrero se ha manifestado tan riguroso y glacial en las bellas regiones del Anáhuac, como se presentó ese dia en que nos encuentran los acontecimientos de que vamos á ocuparnos en este capítulo.

Parecia que el crudo invierno de las he-

ladas regiones del Norte de la Europa, habia pasado á situarse en aquella parte de la América, para hacer mas palpitante el favor que la Providencia ha dispensado á México, concediéndole un clima siempre igual, benigno y grato.

El sol, velado por pardas y ligeras nubes, se alejaba suavemente, enviando un rayo de tibia luz que alumbraba débil y tristemente la tierra.

Las vidrieras de los balcones, y las ventanas de las casas de Texcoco estaban cerradas.

Los habitantes de la ciudad, encerrados en sus habitaciones se ponian al abrigo de aquel molesto cambio de temperatura.

Uno que otro de esos hombres á quienes nada basta á detenerlos en su casa á ciertas horas, porque necesita la sociedad de los amigos, cruzaba á prisa la calle, tapado hasta los ojos, y entraba en alguna tienda en que tenia su tertulia, exclamando al entrar y dando fuertemente en el suelo con los piés, para calentarlos: "¡cáspita, que frio hace!"

Las calles, pues, á excepcion de esas po-

cas personas y de aquellas á quienes la necesidad les obligaba á salir de su casa, estaban desiertas.

El frio era cada vez mas intenso.

En aquellos momentos, un hombre, envuelto en su capa y embozado hasta los ojos, salia á pié de la ciudad, y se dirijia hácia el campo sin que nadie le acompañase.

En una tarde tan cruda como la que estaba haciendo, cuando todos se ponian al abrigo del frio, y en los instantes en que éste era mas terrible, extraño hubiera parecido á cualquiera ver salir á un hombre precisamente por la parte mas desierta, y encaminarse á despoblado.

Pero nadie se hallaba por aquel rumbo, y nuestro embozado, ni aun siquiera fué visto por los infelices indios que habitan en los suburbios de la poblacion, que habian cerrado las débiles puertas de sus miserables barracas de negro adobe, para ponerse al abrigo del aire húmedo y cortante que reinaba.

El hombre que hasta entonces habia ca-

minado lentamente, al verse fuera de las puertas de la ciudad, apretó el paso.

¿Era que en las calles le obligaba la fina educacion á no marchar velozmente, y que salia al campo para hacer ejercicio con libertad?

Tal vez.

¿Pero por qué vuelve la cara de vez en cuando hácia la ciudad, como recelando que álguien le siga?

¿Teme aún á los curiosos que puedan criticarle?

Pero ya no vuelve el rostro hácia atras.

Por el contrario; ahora dirige la vista hácia la campiña, y la pasea observándola atentamente, pero sin detenerse en su marcha.

De repente, separándose del camino, tomó á un lado, y se dirigió por una senda frecuentada únicamente por los campesinos.

Allí hizo alto por un instante, bajó un poco el embozo, y pareció buscar algun objeto.

La señal de satisfaccion que se marcó en

su semblante, indicó que lo habia encontrado.

Entonces volvió á emprender su marcha inclinándose un poco á la izquierda.

Ninguno transitaba por el rumbo que llevaba, ni por parte alguna de las que alcanzaba la vista.

El campo estaba solitario, y ni un pastor siquiera se llegaba á descubrir en la vasta campiña, que se extendia como una alfombra bordada de esmeraldas.

El frio habia aumentado á medida que el sol se iba alejando lentamente, y únicamente el embozado que se encontraba solo en medio de aquella soledad, parecia desafiario.

¿Pero á dónde se dirige?

Se ignora.

De repente hizo alto.

Un ancho arroyo que encuentra delante, le detiene en su marcha.

¿Retrocederá?

No: aquél hombre se ha propuesto pasar adelante, y se dispone á salvarlo.

Un largo, pero delgado tronco de árbol

que se encuentra tirado allí cerca, le presenta la manera de conseguirlo.

El embozado se apodera de él, lo coloca sobre el arroyo afirmándolo en ambas orillas, y pasa con facilidad por aquel puente improvisado.

Después de más de una hora de haber caminado á un paso siempre veloz, llegó enfrente á un espeso bosque que daba á un camino bastante ancho; al fin del cual, se veía una humilde casita de algún indio.

El embozado entró en el bosque, se quitó la capa, sacó una pistola giratoria de seis tiros, la revisó escrupulosamente, se colocó detrás de uno de los árboles del bosque, á ocho pasos del camino, y exclamó para sí:

—Por aquí tiene que pasar para llegar á la casa en que cree encontrar á la joven que busca, y su muerte es segura. Las sospechas del asesinato caerán sobre ese indio infeliz que vive solo en esa choza, y del cual me he valido para que citase á ella á D. Manuel. El indio se defenderá de la acusación; dirá que un hombre de larga barba, de espesas cejas y pelo cano que se presen-

tó en su choza, le encargó que citase para aquel punto á D. Manuel; y como hombre de esas señas no encontrará la justicia, claro es que el castigo caerá sobre el indio, en cuya choza dejé á propósito esta mañana una pistola, para que así las sospechas contra él sean más evidentes.

El lector habrá conocido por estas palabras del embozado, que éste no era otro que Duval.

Y en efecto era él.

Resuelto á deshacerse del anciano Don Manuel para no tener ya nadie que conociese sus crímenes, había ido disfrazado con su gran barba, espesas cejas y blanca peluca, á la choza que estaba próxima á aquel bosque, y que estaba habitada por un indio que vivía solo.

Duval, conociendo la sencillez de los indios, le dijo que le conducía á aquel sitio el deseo de reparar un crimen que había cometido por vengarse: que aquel crimen consistía en haber robado á un confiado padre el tesoro mayor que tenía; una tierna hija, de la cual jamás volvió á tener razón; que

arrepentido y queriendo entrar en la buena senda, porque se hallaba en una avanzada edad y próximo por lo mismo á dar cuenta á Dios de sus obras, habia resuelto dar á la jóven la libertad; que para ello se presentaba una coyuntura favorable, pues habia un hombre que estaba encargado de buscarla, indagando su paradero. Duval indicó al indio que aquel hombre se llamaba D. Manuel, y le dió las señas de la casa en que habitaba en Texcoco. Sin embargo, queriendo alejar de sí toda sospecha, propuso al indio que él se presentase como ejecutor de aquel rapto, disculpándose con que lo habia cometido en servicio de un caballero que le habia pagado á peso de oro aquel servicio; le encargó que dijese que la jóven fué conducida á su choza: y que allí vivia en unas piezas subterráneas, á donde solia ir á ver el que dispuso el rapto.

El indio puso algun reparo en prestarse á servirle; pero á la vista de una gruesa cantidad que colocó Duval en sus manos, y persuadido por éste de que nada debia temer. puesto que se trataba de una obra humani-

taria, se resolvió á desempeñar fielmente lo que se le ordenaba, y partió á Texcoco á ver á D. Manuel.

A las dos horas volvió el indio diciendo que el antiguo principal de Nuñez, habia quedado en ir á su choza á las seis, por haberle asegurado que en ese momento no se encontraría en ella el raptor con los criados que siempre le acompañaban.

Duval, pues, habia conseguido su objeto. Don Manuel iba á entregarse indefenso en sus manos.

Contento con el buen éxito, volvió á Texcoco, para que ni D. Emilio ni nadie notase su falta durante el dia, y á las cinco de la tarde, hora en que todos, preservándose del frio, estaban encerrados en sus casas, él volvia, como hemos visto, al sitio en que se habia propuesto esperar oculto á D. Manuel para despojarle de la vida.

Como hombre previsor, al retirarse por la mañana de la choza del indio habia dejado, como olvidada, una pistola corriente y de mala calidad.

Pero lejos de haber sido un olvido, fué una cosa pensada de antemano.

Así sabia que alejaba de sí toda sospecha y que recaería sobre el indio, á quien creen que le habia citado para robarle asesinandole.

¿Y cómo no lo creeria así la justicia, cuando al hacer las averiguaciones y registrar la choza encontrase en ella una pistola, arma que los indios no llevan jamás, excepto aquellos de vida sospechosa?

Duval, pues, no solo se habia propuesto privar de la existencia á un hombre honrado, como era D. Manuel, sino que estaba persuadido de que exponia á que fuese llevado á un patíbulo al infeliz indio que le habia servido.

Pero ¿qué le importaba á Duval la muerte del uno ni del otro, cuando su corazon estaba cerrado á toda idea religiosa y de humanidad?

Bien lejos de verse inquietado por remordimiento ninguno, revisó, como hemos visto, la pistola giratoria de seis tiros, limpió la llave con un pañuelo de seda, la atacó

de nuevo, se embozó en su capa, y oculto tras de los árboles, esperó impaciente el instante en que se presentase D. Manuel.

—Es imposible que se salve:—exclamó para sí, dejando asomar á sus labios una sonrisa infernal:—Para llegar á la choza tiene precision de pasar por este camino, del cual estoy á ocho pasos, y á esta distancia es imposible que yerre mi mano los seis tiros.

Y Duval asomó la cabeza, y dirigió la vista hácia el sitio por donde debia llegar D. Manuel.

—¡No parecel

Exclamó viendo que nadie asomaba á lo lejos del camino.

Y volvió á esperar.

—¡Habrá temido alguna asechanza?— Pensó luego para sí:—¡Oh! ¡eso seria el colmo de las desdichas para mí, porque entonces dejaria de acudir á la cita, y todo se habria perdido!

Y Duval esperó con una ansiedad inaudita la llegada del hombre que trataba de

hacer desaparecer de la lista de los vivos.

No pudiendo permanecer quieto en el sitio que habia elegido para herir sin ser visto, volvió á acercarse á la orilla del camino, dirijió la vista hácia el rumbo que debia traer su víctima, y se ocultó de repente al descubrir un bulto que se acercaba.

—¡El es

Dijo para sí, colocándose detras del árbol, y preparando la pistola.

Y en efecto, no se habia engañado.

El honrado D. Manuel, en cumplimiento de la promesa hecha á su amigo, marchaba hácia la choza del indio, bien ageno de pensar que se le habia tendido un lazo para asesinarle.

Los pasos del leal anciano se escuchaban ya cerca.

Duval dejó asomar á sus labios la sonrisa de los réprobos.

Iba á deshacerse del único hombre que podria delatarle.

Don Manuel llegaba al sitio dispuesto para su muerte.

Duval preparó la pistola.

El anciano se dejó ver claramente.

Duval iba á disparar; pero el arma le fué arrebatada de repente de la mano, y el anciano pasó sin saber que se habia atentado contra su vida.

Duval, al verse desarmado, volvió sorprendido la cabeza, y se sobrecogió de espanto al ver detras de sí á un hombre que le apuntaba con su misma pistola.

—¡El mendigo, voto á Briós!

Exclamó con ira á la vez que aterrado.

—Sí; en el mundo quedan dos  
que te acusan, hombre infiel,  
el anciano Don Manuel,  
y el mendigo, ¡voto á Briós!

Contestó Nuñez.

—¡Oh! ¡el infierno se conjura contra mí!

—Diga vd. que el cielo vela por el triunfo de la inocencia.

—¡Oh! ¡estoy perdido!

—En su mano de vd. está salvarse.

—¡Oh! yo necesitaba la muerte de ese hombre.